

# Naturaleza y esencia del activismo<sup>1\*</sup>

VLADIMIR EFIMOVICH JVOSCHEV<sup>2</sup>

**A** lo largo del periodo postsoviético de la historia rusa, la teoría del activismo, que apenas logró nacer en el seno del socialismo, se encontró en una crisis profunda. La causa de ese estancamiento radica en una ruptura de la herencia de los planteamientos en nuestra ciencia política, la ruptura que, en cierto sentido, ha sido “organizada” artificialmente.

Los teóricos del marxismo-leninismo, hoy en día olvidados inmerecidamente, prestaron mucha atención a la necesidad de estudiar el desarrollo del activismo de las masas y en su impulso vieron cómo se fortalecía el sistema político de la comunidad socialista. De este activismo también nos hablaron los sociólogos soviéticos del periodo de 1960 a 1970. En aquellos tiempos se suscitaron diversos debates, foros e investigaciones dedicadas a los problemas acuciantes del activismo. El florecimiento de la sociología aplicada, que tuvo lugar en aquellos años, dotó a los investigadores de abundantes conocimientos; profundizó y multiplicó la posibilidad de expresión cuantitativa de la actividad política; y también reveló los factores de su crecimiento, así como las condiciones de su desarrollo. No es sorprendente que una situación tan fructífera haya preparado el ambiente para el surgimiento de diferentes escuelas y corrientes de una teoría del activismo. Un rasgo común de esas investigaciones fue la constatación del crecimiento político de éste como un fenómeno específico del sistema socialista. Hoy en día, hay una

---

<sup>1</sup> Con “activismo” se entiende el atributo esencial del sujeto que determina sus capacidades, inclinación, predisposición a la conducta libre, voluntaria, no impuesta e interesada en desarrollar sus propias fuerzas internas.

\* Traducción del ruso por Mijaíl Malishev y Manola Sepúlveda Garza.

<sup>2</sup> Doctor en Filosofía, jefe de cátedra de politología de la Universidad Estatal de los Montes Urales Sur, ciudad Cheliabinsk.

razón para considerar que la actividad política de los ciudadanos tiene un alto valor social y que el desarrollo del conocimiento teórico sobre la esencia de ese activismo esconde en sí logros de carácter fundamental.

En la politología contemporánea sólo se perfilan los contornos de una posible teoría sobre el activismo político (Jvoshev, 2008). Por otra parte, es evidente que el estudio de la dinámica de los sujetos sociales está preñado de una serie de dificultades del carácter local y global. Una de ellas se vincula con la especificidad del idioma ruso, que contiene muchos conceptos similares, lo cual requiere de un análisis fino que resalte los matices de sentido. Esto le otorga al estudioso una gran precisión y le permite analizar su objeto de trabajo con mayor profundidad. Al mismo tiempo, la riqueza idiomática se convierte en una fuente de cierta confusión: a veces conduce a la pérdida del sentido. Lo dicho se refiere a conceptos cercanos del activismo, tales como entusiasmo, creatividad, iniciativa y espíritu emprendedor, por ejemplo. Por eso, al definir “activismo”, hace falta ser muy preciso en el significado que se le otorgue a dicho concepto.

Otras dificultades para el estudio del activismo político en nuestros días consiste en que éste está condicionado por los intereses de los grupos gobernantes. Como consecuencia, en la ciencia política rusa surge una situación que no propicia la investigación de dicho tema y que se caracteriza por las siguientes circunstancias:

1. El activismo no siempre se revela adecuadamente en la conducta humana, por eso su estudio exige de observaciones cuidadosas e instrumentos complejos, capaces de ir más allá del mundo empírico y encontrar la realidad oculta en esos fenómenos.

2. Las formas organizadas en las que se manifestó el activismo durante la antigua sociedad soviética se destruyeron a finales del siglo pasado; por esta razón desaparecieron los indicadores que podrían determinar, directa o indirectamente, el activismo.

3. El Estado ruso expresa sus temores en relación con la vida social intensa, porque le inquieta perder un fragmento considerable de sus controles y renunciar a algunos privilegios que se desprenden de su intervención en la vida de la ciudadanía.

4. El sistema sociopolítico de Rusia no estimula la necesidad real de la intensificación de la vida social, ni la elaboración de una teoría correspondiente: la extracción y venta de los recursos naturales no requiere de una activa participación

político-social de los ciudadanos; al contrario, la distribución injusta de los bienes y servicios sólo es posible a condición de que la sociedad civil no cuente con toda la información, que se conserve en un estado pasivo.

Contrario a lo que pudiera suponerse, **la investigación sobre el activismo creativo de las personas y de la sociedad no está en la agenda de las ciencias sociales, ni de la práctica rusa; mientras que éstas en los otros países tratan al activismo de modo primitivo, identificándolo con una vida acelerada.**

De aquí se desprende que la “irradiación”, la “erupción” de la energía interna que emana de los objetos todavía es un proceso, en muchos aspectos, incomprendible y, por consiguiente, incontrolable. A pesar de los grandes logros de las últimas décadas, en general, el hombre sabe poco cómo manejar las reacciones termonucleares; además de tener mucha menos información sobre su propia energética: su activismo. En tanto, “...el individuo cumple en sentido directo el papel de motor que produce energía psíquica en exceso” (Odainik, 1996: 20) y la gasta de forma caótica.

Los investigadores soviéticos de 1970 a 1980 consideraban a la actividad social básicamente derivada de los intereses económicos y las necesidades del ser humano. Según tal enfoque, a un valor financiero superior le corresponde una conducta social más intensa; por tanto, un nivel más alto de su actividad. En efecto, si con “intereses económicos” entendemos la posibilidad de adquirir más de los medios vitalmente necesarios para la existencia, entonces, éstos representan estímulos muy poderosos para la actividad y quizá también para el activismo social.

Sin embargo, la esencia y el contenido de la actividad social así como del espíritu de iniciativa no sólo están determinados por los bienes materiales, sino que también constituyen un valor moral en sí. Según N. A. Berdiaev, la naturaleza de la actividad social del hombre ruso tiene una base religiosa, pero lo más importante es que “la energía religiosa del alma rusa tiene capacidad de transformarse y dirigirse a metas que ya no son religiosas, por ejemplo, a objetivos sociales” (Berdiaev, 1991: 9).

El comportamiento de la gente en comunidad en diferentes formas se determina por la actividad de su conciencia. El significado de esto es tan grande, que surge la tentación de aislarlo y adscribirle el estatus de causa principal de cualquier movimiento, en contraposición al mundo material “muerto”. Las diversas ideas existentes sobre el mundo son consecuencia de diversas interpretaciones

filosóficas de conceptos básicos, sobre todo “materia” y “conciencia”. Sin aclarar estos fundamentos es difícil pretender construir una teoría lógica del activismo.

Sin embargo, según mi opinión, la relación entre materia y conciencia no es la cuestión principal en la concepción del mundo. En realidad, el problema fundamental, que pasa como un hilo rojo a través de toda la historia de la filosofía, es: ¿la materia tiene un movimiento propio o la mueven fuerzas externas? Y si existe tal caso de impulso ajeno: ¿cuál es su naturaleza y dónde puede encontrarse, en la conciencia humana o en el espíritu divino?

En el proceso de la evolución, el organismo vivo superó la adversidad del medio ambiente por tener algunas propiedades específicas que le aseguraron reflejos, instintos, movimientos complejos, comportamiento. En este amplio espectro de manifestaciones de conducta de los objetos vivos, la actividad social ocupa un diapasón muy estrecho, por lo que es inherente sólo a sus representantes más desarrollados. Sin embargo, la actividad social del hombre determina su lugar en la noosfera y todos los demás logros de la civilización.

Berdiaev observó una vez que “todo en la historia y en la vida social es producto de la actividad del hombre (...) porque existe sólo la actividad del hombre y actitud activa del hombre hacia el hombre” (*Ibid.*, 81-28). En estas palabras del filósofo ruso (y él frecuentemente usaba en sus trabajos el concepto de “activismo”) se expresa la naturaleza del activismo como un atributo que es inherente sólo al ser humano.

Erich Fromm designa la naturaleza del activismo de otro modo: “...El activismo suele definirse como una cualidad de la conducta que da algún resultado visible en virtud del gasto de energía” (Fromm, 1990: 95). En este sentido, el activismo se presenta como una característica de la conducta, esto es, como una manifestación externa de las cualidades internas del hombre y no como la misma cualidad.

Fromm, en el mismo trabajo, un poco más adelante, enuncia su posición todavía más clara:

El activismo es una conducta socialmente reconocida y conveniente, cuyo resultado se expresa en los cambios correspondientes y socialmente útiles. El activismo se relaciona sólo con la conducta y no con la persona que está detrás de esta conducta. No importa, por qué los hombres sean activos o que les impulse alguna fuerza externa, como, por ejemplo, a los esclavos, o que actúan según un móvil interno,

como, por ejemplo, lo hace el hombre abarcado por la preocupación; tampoco tiene importancia, si les interesa o no su trabajo... (Fromm, 1990: 95).

En este contexto, el activismo no sólo pierde la categoría de independiente, sino que las dificultades lógicas se agudizan, determinadas por la separación artificial entre la persona y su conducta.

Otros autores consideran que la esencia y naturaleza del activismo humano se encuentra en el ambiente externo. Es típico el planteamiento de A. S. Panarin, quien escribe: “Nosotros partimos de la hipótesis de que el problema principal del mundo contemporáneo no es el déficit de información, sino el *déficit* de la energía. Se trata no tanto de las fuentes de energía física escondida en la naturaleza, sino de la energía social escondida en nuevas formas de cooperación social y organización” (Panarin, 1998: 17). Podemos estar de acuerdo con el autor sobre la eficacia de “nuevas formas” de la organización social, pero no con la afirmación de que “las fuentes de la energía social” se encuentra en éstas y no en el mismo hombre o comunidades humanas.

No hay duda de que el progreso de los individuos conduce al progreso social. Sin embargo, la dependencia entre el desarrollo comunitario e individual no es directa y el crecimiento de la actividad no siempre repercute en el aumento del activismo social. Por eso para la comprensión de los procesos políticos hay que distinguir la actividad de las personas de la actividad de la sociedad.

Es bien sabido que el hombre no está fuera de la sociedad y está obligado a entablar múltiples relaciones. Éstas, por un lado, están vinculadas con el sometimiento del individuo a la sociedad; por el otro, están dirigidas a que el hombre supere el poder de la colectividad y se libere de su sometimiento. Tales relaciones se denominan políticas, lo cual significa que cualquier manifestación del activismo social del individuo tiene en mayor o menor grado un carácter político. No importa qué camino de desarrollo escoja la sociedad, siempre existe cierta relación entre la actividad personal y la social.

En un caso ideal, la actividad personal no debería encontrar ninguna barrera que limite la expresión de su activismo. Sin embargo, el ritmo del progreso social depende de los esfuerzos bien orientados de los individuos y por eso la sociedad intenta regular el activismo de sus miembros. Las contradicciones entre el activismo individual y el de la sociedad engendran conflictos, que son atenuados o resueltos por la ideología.

Hablando estrictamente, las ideologías con mayor difusión se pueden dividir en dos grandes grupos, diferenciados según las prioridades del activismo: *el primero* contiene diversas ideas que afirman las preferencias de la persona y representa diferentes tipos de liberalismo. Según el criterio de la teoría del activismo, para el liberalismo "...todo depende del cómo funciona nuestra máquina" (La Mettrie, 1983: 89). "Ser activo significa revelar sus capacidades, su talento y toda la riqueza de los dones que cada ser humano, aunque en diferentes grados, posee. Esto significa renovarse, crecer, plasmarse, amar, salir de las paredes de su 'yo' aislado, mostrar un interés profundo, aspirar a alcanzar algo con pasión, entregarse, etc." (Fromm, 1990: 94).

*El segundo* grupo parte de la prioridad de los intereses y necesidades del colectivo e incluye diferentes corrientes socialistas. "En el hombre piensa y crea no por él mismo, sino por la clase social a que pertenece: piensa y crea como noble, gran burgués, pequeño burgués o proletario" (*Idem.*) consideran no sin razón los partidarios del socialismo. Y más adelante, apuntan una afirmación más categórica: "... El sujeto activo que libera al hombre de la esclavitud y creará una mejor vida, es el proletariado" (Berdiaev, 1991: 80).

Al propagar la prioridad de la actividad individual, el liberalismo contemporáneo, no obstante, se ve obligado a ampliar el círculo de limitaciones sociales para el individuo quien obra activamente; de esta forma se asegura cierta armonía entre la persona y la sociedad. A su vez, el socialismo, al apostar a la actividad social, no puede ignorar las iniciativas personales de los ciudadanos sin detrimento de la sociedad en su conjunto. En suma, las ideologías socialistas van a la deriva hacia el individualismo y equilibran la actividad de la persona con la de la comunidad, acercándose a cierta simbiosis donde no es fácil distinguir los principios individuales de los colectivos.

Desde la teoría del activismo, parece que las ideas opuestas del liberalismo y del socialismo aspiran, en esencia, hacia un mismo objetivo dictado por las necesidades prácticas. Pero el movimiento real de sus adeptos se da desde diferentes posiciones iniciales y va por diversos caminos. Y esto encuentra su repercusión en la vida política de la sociedad y en las formas de vivir.

Sin embargo, independientemente de los caminos de la dinámica social y de sus diversas expresiones, su naturaleza inicial y su esencia son iguales, ya que cada ser humano tiene en menor o mayor medida un activismo y éste posee diferentes componentes.

En primer lugar, contiene el “activismo natural” que compone a cada ser humano. La evaluación de este ingrediente energético en la actividad humana es bastante difícil y frecuentemente se ignora. Y parece en vano, ya que los procesos físico-químicos en el organismo, probablemente, influyen en el activismo social más de lo que suele pensarse. En segundo, la actividad del hombre incluye su activismo como organismo vivo dotado del mecanismo biológico complejo. Menospreciar este componente es inadmisibles, por la posibilidad de pérdida de las propiedades significativas de la actividad humana. En el nivel biológico es muy difícil distinguir la manifestación del activismo comunitario de la conducta pasiva, “ya que me determinan y me violan mis propias necesidades, la violencia que se comete sobre mí no es algo ajeno, sino es mi propia naturaleza como un conjunto de necesidades e inclinaciones” (Marx y Engels, 287). Por esta razón, el activismo del hombre como atributo del organismo vivo es menospreciado por muchos investigadores, que de antemano bajan el nivel sumario de la actividad social. En tercero, la actividad humana contiene un componente específico inherente sólo al hombre que se basa en la elección consciente, libre y creativa que se realiza en su conducta social.

No es difícil cerciorarse que los autores de los trabajos que abordan los problemas del activismo social lo vinculen con la conducta. Por ejemplo, V. A. Smirnov escribe: “El activismo social es la medida de la conducta social”; un poco antes afirma: “el concepto ‘activismo social’ tiene derecho a la existencia autónoma sólo como una característica importante de la conducta social”. Con esta definición el autor hace caso omiso de muchos ejemplos de la actividad no realizada que no encontró su encarnación en la conducta o que se manifestó sólo parcialmente. Estos ejemplos podrían referirse, teniendo un mínimo de imaginación, a “un ser no realizado” (Modestov, 2000: 176), basado en la actividad potencial. Análogicamente, A. V. Kliuev define la actividad socio-política como una conducta consciente, autónoma, dirigida a ciertas metas. Una comprensión análoga de este concepto, con algunas variaciones, se puede encontrar en los trabajos de V. G. Mordkovich, M. A. Nugaev y otros investigadores. Conviene recordar que una parte considerable de las acciones humanas no son actos conscientes, sino inconscientes, inútiles, azarosos, mecánicos e, incluso, opuestos al sentido común y a los objetivos planteados. En este caso, la medida de la conducta deviene en una actividad “enajenada” que, en realidad, no es una actividad. Aquí es difícil objetar algo a Erich Fromm quien escribió:

En el caso de la actividad enajenada, no me percibo a mí mismo como un sujeto activo, como creador de mi actividad; más bien percibo el resultado de mi actividad como algo que se encuentra “fuera de mí”, por encima de mí, separado de mí y que se contrapone a mí. En la actividad enajenada, yo, en esencia, no actúo, *las acciones se cometen sobre mí* por fuerzas externas o internas (Fromm, 1990: 96).

Esta conducta “ajena” no puede ser medida por la energía interna del hombre. Otra cosa es la “actividad no enajenada” que es “el proceso de nacimiento, creación de algo o vínculo con lo que estoy creando. Se sobrentiende que mi actividad es la manifestación de mis potencialidades, que yo y mi actividad somos uno” (*Ibid*, 97).

El hombre es un ser activo en potencia y en sus realizaciones; su activismo se manifiesta no sólo en su conducta. Tiene razón Pitirim Sorokin cuando afirma que la sociedad humana estudiada a partir de sus acciones externas se representa como la suma de cuerpos físicos interactuantes y carentes de la riqueza de las relaciones sociales. La amplia gama de las relaciones humanas sólo se abre a quien puede comprender el activismo humano que se revela también en la inactividad. En uno de sus trabajos sociológicos Sorokin se refiere a L. I. Petrazhidsky que divide “inactividad” en dos actos psicológicos: “abstinencia” y “paciencia”. Según Sorokin, “los primeros son pasivos, porque se abstienen de cualquier acción, mientras que los segundos son activos, ya que soportan la influencia que emana de los otros” (Sorokin, 1992: 52). Basándose en esta clasificación de la conducta en tres componentes (actividad, paciencia y abstinencia) se puede abarcar el activismo del sujeto. Según la opinión de Sorokin, la paciencia y la abstinencia están vinculadas directamente con el activismo de la gente, indican su presencia o ausencia; lo que no se puede decir sobre la actividad que se divide en los componentes activos y pasivos. Al realizar tal división, la parte pasiva de la gente hay que unirla con la gente que se abstiene de cualquier acción, según el criterio de la ausencia del activismo. De este modo obtendremos una clasificación más amplia de la comunidad humana según el activismo de sus miembros: las personas activas, las pacientes y las pasivas.

Cada ser humano puede ser caracterizado por un índice integral que determina su conducta en la sociedad. La cualidad humana que está detrás de este índice convierte al organismo en persona. Hace mucho tiempo se sabe que la

personalidad es una dimensión medida que se autoevalúa y sus congéneres la tasan en un amplio abanico de distinciones: desde el grande hasta el pequeño; desde el destacado hasta el insignificante; desde el interesante hasta el aburrido... Y por supuesto que un atributo importante de la persona es su energética, que asegura la dirección e intensidad de sus acciones en un ambiente social. Este atributo integral suele denominarse carácter, el cual tiene rasgos multifacéticos: perseverancia, energía, tenacidad, capacidad de autosacrificio para alcanzar un ideal, respeto a la ley, dominio de sí mismo y de sus impulsos, aspiración a plantear los objetivos y tratar de realizarlos, supresión de los intereses cercanos en aras del empeño futuro, etc.

El conjunto de los diversos rasgos del carácter constituye un modelo que permite predecir la conducta del individuo en diferentes situaciones vitales. Sin embargo, el concepto de “carácter humano”, que elabora básicamente la psicología, incluye una serie de parámetros generales y específicos que no tienen la estabilidad necesaria, pues son situacionales, aleatorios; por ello no aptos para la identificación de la persona. Entre la multitud de las características humanas se destaca la capacidad de la actividad por vía de los impulsos internos que se expresa y se revela en la conducta de los hombres. A ésta, y su realización en la actividad correspondiente, es lícito considerarla como activismo social que en cada persona es diferente según su cantidad y calidad. A su vez, la pasividad ampliamente divulgada tampoco es homogénea, aunque en la mayoría de los casos su causa es la misma: “... el individuo comprende bien que su papel en la vida es insignificante y que es más una víctima de fuerzas incontrolables que el actor activo...” (Odainik, 1996: 79).

En la variedad de formas de pasividad social a veces se encuentra un fenómeno como “impotencia adquirida”, que está descrito en la literatura psicológica. Según los investigadores, el sujeto elabora una tolerancia hacia irritación negativa; si ésta no supera cierto umbral en su psique se forma la impotencia paralizada. Esta propiedad, como lo demuestran los fisiólogos, se adquiere como resultado de un impacto negativo y se manifiesta en cierta indefensión que obstaculiza la experiencia salvavífica (Godfrua, 1996: 340).

La confusión social y la indefensión psicológica de los ciudadanos rusos fueron explotadas implacablemente en el periodo de *postperestroika*. Y como resultado de todo eso tenemos la depresión social profunda y la disminución del activismo constructivo de una parte considerable de los ciudadanos. Posiblemente

tal situación es una de las consecuencias más graves de la política interna que poco estimula el crecimiento del activismo social de la población y constituye la causa principal de la crisis que se esconde detrás de la fachada del bienestar relativo, construido por los petrodólares.

## Bibliografía

- Berdiaev N. A. (1991), *Orígenes y sentido del comunismo ruso*, Moscú, Nauka (en ruso).
- Fromm E. (1990), *¿Tener o ser?*, Moscú, Progreso (en ruso).
- Godfrua L. (1996), *¿Qué es psicología?*, tomo.1, Moscú, Mir (en ruso).
- Jvoshev V. E. (2008), *La teoría de la actividad: de los inicios a los principios*, Cheliabinsk, Universidad Estatal de los Montes Urales del Sur (en ruso).
- La Mettrie J O. (1983), *Obra*, Moscú, Politizdat (en ruso).
- Marx K. y Engels F. 1979, *Obras completas*, tomo 46, parte 1, Moscú (en ruso).
- Modestov. S.A. (2000), *El ser no realizado*, Moscú, Fondo social de Moscú, Centro editorial de los programas científicos y docentes (en ruso).
- Odainik V (1996)., *Psicología de la política. Las ideas políticas y sociales de Karl Gustav Jung*, Moscú, UVENTA (en ruso).
- Panarin A. C. (1998), *Revancha de la historia: la iniciativa estratégica rusa en el siglo XXI*, Moscú, Logos (en ruso).
- Sorokin P. A. (1992), *Hombre. Civilización. Sociedad*, Moscú, Politizdat (en ruso).